

UNA EXTRAÑA ACTITUD

Ignoramos lo que está sucediendo en el alma compleja del hombre de nuestros días, pero resulta que nos damos cuenta, con la debida sorpresa, de algo que jamás hubiéramos creído que pudiera existir. El escritor Aldous Huxley, hace ya muchos años, notaba en Inglaterra un fenómeno parecido. Y como nosotros vamos siempre atrasados bastantes años en estos problemas, lo notamos hoy: Huxley señalaba que así como hubo una época en que incluso la persona más analfabeta quería pasar por culta y selecta, vive él una época en que incluso la persona más selecta pretende pasar por estúpida e ignorante. Este ensayo lo escribió el escritor inglés hace unos veinte años; y nosotros podemos aplicarlo a nuestra sociedad hoy, sin temor a ser injustos.

Efectivamente, aun no hace veinte años, entre nosotros era un elogio decir que una persona era cultivada e inteligente. Era un valor social ser un estudioso —aunque fuera diletante—, preocupado por la lógica matemática o por el estudio de las herejías maniqueas de siglo IV. O sea que un grado de cultura y un interés especializado por cualquier ramo de la erudición se consideraba como algo que valoraba cualquier personalidad. Hoy todo esto debe mantenerse en secreto. Entre nosotros hemos llegado a un desprecio tan grande por las altas preocupaciones del espíritu, que entre nuestra juventud tenemos datos suficientes para afirmar que cuando algún joven se obsesiona por alguna de estas cosas que

no son estrictamente deporte, cine, motorismo y amóros, debe ocultarlo celosamente. Practicamos la afectación de la ignorancia como un hombre de siglo pasado pasado practicaba la bella afectación de la cultura. Huxley atribuía esto, con notoria superficialidad, a la educación de la democracia. Evidentemente, en nuestro caso esta teoría no sirve, y hemos de suponer que esta afectación de la ignorancia viene de un substratum más profundo del espíritu del hombre de nuestros días.

Nadie vaya a creer con esto que queremos afirmar que no existen personas afectadas por los altos problemas y que gozan con las más refinadas diversiones que ofrece, pródida, la cultura. Muy a contrario, tales personas existen, aunque en notoria minoría, entre nosotros. Lo que queremos decir es que no están de moda y que viven de una manera secreta, casi vergonzante, sin el menor juego social. El ser culto no está de moda, y apenas si lo está el ser inteligente. Cada cual procura ocultar sus conocimientos especializados, si los tiene, bajo la capa de la más suave frivolidad. El no conocer la marca de un automóvil que circula por la calle es considerado mucho más grave que el no saber quien es don Pío Baroja. Este problema del automóvil puede repetirse con un jugador de fútbol, con un artista de cine o con los últimos pasos de un nuevo baile.

No se crea con esto que nos parece mal que se conozcan marcas de automóviles, artistas de cine y nombres de jugadores de fútbol. Lo que me parece mal es que saberlo tenga tan grande mérito. No creemos que nadie, ni joven ni viejo, deba vivir distraído de su época, en lo que esta tiene de amable frivolidad. Lo que nos parece muy mal es que los conocimientos graves deban ser disimulados. No nos molesta que la gente no sepa cosas, sino este hecho de que, cuando las sabe, sea su única solución mantenerlas en secreto en la vida social.

Hemos hecho demasiadas campañas contra la sabiduría nefasta. La mente del español, tan a menudo perezosa, ha cogido el rábano por las hojas y ha decidido que, evidentemente, el saber ocupaba un lugar. Ocupaba un lugar en la sociedad de ser pedante, grotesco y quien sabe si tóxico. Hemos considerado que la ciencia

era muy difícil, y las letras muy peligrosas. De esto a creer que estudiar ciencias y cultivar las letras es un trabajo árduo, desproporcionado y casi risible no hay más que un paso. Este paso lo hemos dado y la afectación de la despreocupada ignorancia es casi un gesto elegante hoy. Con lo cual llegamos a poder tergiversar el sentido del refrán español, tan viejo y sabio, pudiendo decir que el no saber ocupa un lugar en la sociedad de nuestros días.

("DESTINO".— 1956)